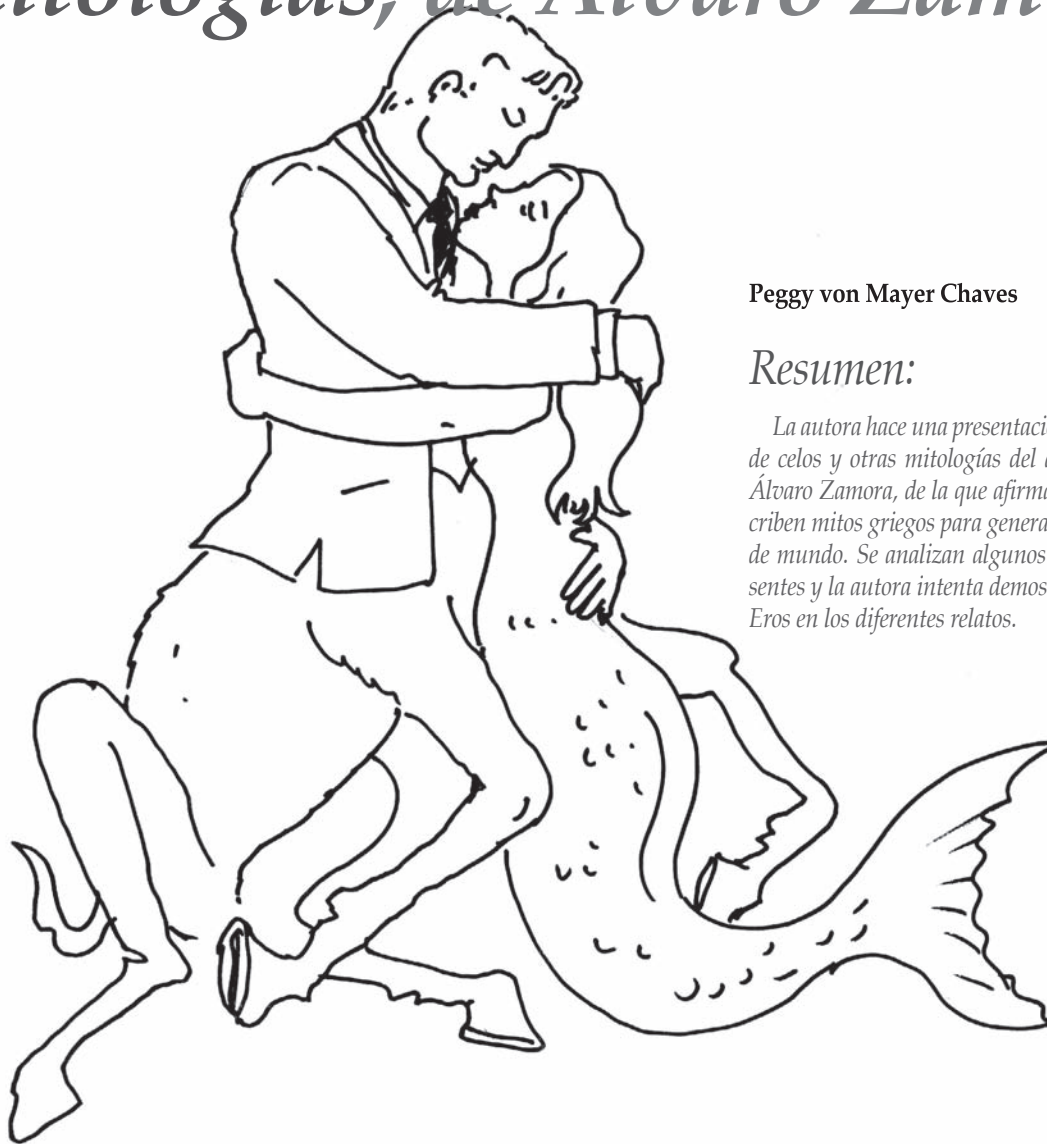


RESEÑA

Eros, estructura mitopoyética en Morir de celos y otras mitologías, de Álvaro Zamora



Peggy von Mayer Chaves

Resumen:

*La autora hace una presentación de la obra *Morir de celos y otras mitologías* del autor costarricense Álvaro Zamora, de la que afirma que en ella se rescriben mitos griegos para generar una nueva visión de mundo. Se analizan algunos mitos griegos presentes y la autora intenta demostrar la presencia de Eros en los diferentes relatos.*

PALABRAS CLAVE:

Literatura costarricense. Historia y crítica, Narrativa, Zamora, Mitología, Eros

Gilbert Durand (1971) afirma que en la psique humana existe una estructura mítica originaria, que sufre transformaciones o se actualiza según sobre significaciones culturales. Es el caso de Álvaro Zamora, especie de demiurgo moderno que reescribe mitos griegos tal como pudieron haber acontecido, configurando un proceso imaginario que, partiendo de otro imaginario antes creado, genera una nueva visión de mundo.

Podríamos decir, según E. Husserl, que Zamora utiliza esta imaginación con una intencionalidad que lo conduce a una mirada *eidética*, la cual conjuga una mitología específica con el desenvolvimiento histórico y cultural de dicho saber. Así, el autor se permite y nos permite imaginar el por qué de algunos mitos, y qué pasó con aquellas deidades que otro fueran fundamento de experiencias religiosas colectivas. Ante esta nueva propuesta mítica, resulta natural preguntarse por qué, en los albores del siglo XXI, un filósofo reelabora mitos griegos. Intentaremos describir cómo la elección de un tema tan significativo no es, en modo alguno, simple recreación, sino que su lógica interna conserva un carácter propio que, partiendo de la construcción mítica, expresa un modelo de pensamiento de absoluta actualidad, descubriéndonos la emergencia de imágenes primordiales ligadas a la experiencia vital del hombre

de todos los tiempos respecto de lo sagrado. Mediante la recreación de una serie de mitos cosmogónicos, androgónicos y etiológicos, Zamora nos muestra un estado de cosas que va más allá de la sola literatura.

El origen del mundo entre los griegos estuvo ligado a una teología astral, signada bajo el rubro de la predeterminación. El autor se sirve del mito de la creación a partir de Eros, principio cosmogónico que surge de la explosión del huevo originario. Desde el inicio, Eros se manifiesta como un dios poderoso, indomable y juguetón, "sustancia de las cosas" (p. 10), fuerza de atracción de los contrarios, que armoniza y desune :

"De cuando en cuando provocaba amores preciosos, alguna amistad, momentos de armonía. Pero, generalmente, disfrutaba viendo sufrir de concupiscencia y ansias sin freno. También inventó los celos, la envidia, la añoranza y el incesto, los instintos maternos, el onanismo". (34)

Al analizar los mitos presentes en *Morir de celos* y otras mitologías, podemos conjeturar que, en la trama discursiva, el ejercicio de estas potestades eróticas se manifiesta como un eje estructurante de sentido. Intentaremos demostrar la veracidad de dicha afirmación, señalando en los relatos la participación más

o menos encubierta de este dios cillero risueño, cruel e irresistible, generador de mitos.

LAS DESDICHAS DIONISIÁCAS

En concordancia con estos poderes incuestionables, Eros despertó los celos de Hera. La divinal esposa es a menudo víctima de violentos ataques de celos cuando Zeus prodiga su atención a otras diosas o mortales. Cuando tuvo amores con Semele, la diosa provocó la muerte de la desventurada madre de Dionisos, al inducirla a pedirle a Zeus que se le mostrara en todo su esplendor divino. El padre rescató el feto y lo injertó en su muslo hasta el momento del parto, pero la cólera de Hera se exacerbó contra la criatura y mandó a los Titanes a despedazarlo. Zeus intervino y lo reintegró a la vida, pero entonces, según la versión de Zamora, la divina esposa "lo hizo alcohólico y contaminó su ser con pasiones destructivas". (83)

Sigue contándonos nuestro autor que Dionisos no se libró tampoco de la caprichosa influencia de Eros, pues llegó a ser tan poderoso, que los dioses, llenos de celos y envidia, tramaron una venganza: con la magia de todos, Afrodita preparó un filtro en el que Eros mojó una de sus flechas, la cual lanzó a Dionisos:

Entonces bajó a tierra, así, borracho de erotismo y carnales urgencias, hinchado,

rojizo, lujurioso. Cayó del cielo en la isla de Creta, se topó con la princesa Ariadna y la violentó tantas veces, con tanto ahínco, que a ella empezó a gustarle la brutalidad del ejercicio. En tal forma unidos, agotaron esa noche y la mañana siguiente. De hecho continuaron así por años. Su deseo fue tan grande, tan absurdo, tan poblado de avispa y escorpiones, que Dionisos decidió desposar, con ceremonia y ley, a la muchacha." (38)

En este caso, Teseo aparece después de que Ariadna se ha unido a Dionisos. El dios sufre horriblemente por la traición, enamorado como está por causa de la saeta, para regocijo de los dioses, que ríen de su venganza. El narrador sostiene que, "en realidad, Dionisos pretendía destronar a los Olímpicos, compartir con los mortales la capacidad de sonreír y otros placeres, desconocidos en esa época fuera del cielo" (39), pero "alguien" corrompió esas intenciones. De manera que lo que surge como un acto benéfico para la Humanidad, se desvirtúa con el tiempo, a favor de otros intereses menos generosos:

"La concupiscencia sirvió a muchos para enriquecerse, así el licor y las drogas. Políticos no deben faltar en este mito, contrabandistas, abogados

o especuladores. Los clérigos deformaron también la herencia de Dionisos y la gente común olvidó el sentido original de su legado” (39)

Ciertamente, la desdicha de Dionisos se origina en la envidia por el poder y la supremacía, pero el instrumento de ejecución de la venganza de los dioses se

fundamenta en la pasión amorosa. La complacencia de Eros en ver sufrir de celos, envidia y mal de amores no sólo hacen a Dionisos víctima de las intrigas divinas, sino también a muchos otros dioses y mortales.

HERACLES, EL VENCEDOR VENCIDO

El particular cariño que el padre de los dioses pro-

picaba a su hijo Heracles, también provocó los celos y el odio de Hera. Habiendo anunciado Zeus que el niño que iba a nacer ese día reinaría sobre todos sus vecinos, Hera retiene a Ilitia, diosa de los nacimientos, para retardar el parto de Alcmena, con lo que convierte a Heracles en súbdito de quien nació primero, Euristeo. No contenta con

eso, intenta matar al niño, enviándole dos serpientes, pero la Fuerza Heracleana se deshizo de ellas sin ningún problema. Ya adolescente, le infunde un ataque de demencia durante el cual mata a su esposa e hijos; queriendo el héroe expiar su crimen, el oráculo de Apolo le impone los doce trabajos a instancias de Hera, quien también se complace en obstaculizar su buen desempeño en estas hazañas. Casado luego con Deyanira, Heracles comete un crimen involuntario y se destierra por su propia voluntad, junto con su esposa y su hijo. En el curso de la expedición, encarga al centauro Neso que transporte a Deyanira para vadear un río, pero Neso intenta violar a la joven. A los gritos de Deyanira, Heracles lo hiere mortalmente; para vengarse del héroe, el centauro le dice a Deyanira que mezcle su semen con la sangre de la herida para obtener un filtro amoroso para hacerse amar de su cónyuge. Habiendo creído Deyanira que Heracles ama a Yole, poseída por unos celos terribles, y queriendo alcanzar el amor de su esposo, le envía una túnica empapada en el filtro aconsejado por Neso, que hace arder la piel de Heracles y lo conduce a una dolorosa muerte. Luego es transportado apoteósicamente por Zeus al Olimpo.

En la versión que nos ocupa, la centaura esposa de Neso cuenta que el asunto de la violación fue



una patraña de Deyanira, la cual causó que Heracles disparara al centauro una flecha envenenada. La joven recogió los fluidos de la herida putrefacta en un ovillo de lana, con la que tejó la camisa que causaría la muerte de Heracles. Zeus lo rescata de la pira funeraria y lo lleva al cielo. El final es sorprendente:

Afirman que allí Hera lo adoptó y le encargó cuidar la entrada del Olimpo hasta el final de los tiempos. Pero las centauras sabemos que la verdad es otra. Hera sonreía en su corazón. Disfrazada de bruja, había urdido en tal forma su revancha (27).

Vemos, entonces, que la causa de la destrucción de Heracles fueron los celos de Hera, quien arrastra en su venganza a la pobre Deyanira, pues ella también se dejó llevar por tan nefasto sentimiento. Habiendo comprendido que fue "un instrumento para trenzar hilos siniestros", Deyanira se ahorca.

MÁS SUFRIMIENTOS DE AMOR: PROMETEO Y PANDORA

En el mito griego, Zeus había arrebatado a los hombres el don del fuego, después de que Prometeo lo engañase ofreciéndole unos huesos recubiertos de grasa en lugar de las partes mejores en el altar de los sacrificios. Pero el titán robó el

fuego del cielo para dárselo a los hombres. Viéndose nuevamente burlado, Zeus crea a Pandora, la mujer, a la que debe el hombre todas sus desgracias.

En la versión de Zamora, Prometeo, poseído de "tentaciones de grandeza, decidió alterar el cosmos y el destino (61). Crea entonces al ser humano, hombre y mujer, de arcilla, y le pide a Atenea que insufla en ellos su aliento divino. Habiendo robado el fuego del cielo, Prometeo les da a aquellos seres la inteligencia, y les enseña las artes, la ciencia y la tecnología.

Furioso por esta acción que desafía su autoridad, Zeus decide vengarse enviando al titán un escarmiento: crea a Pandora y la envía a Prometeo. Se enamoran perdidamente. Después, el dios del Olimpo le arrebató a la joven, le borra todos los recuerdos, y se la entrega a Epimeteo junto con la caja aquella de la cual, según otras versiones, habrían de brotar todos los males de la Humanidad. Nuestro autor, en cambio, nos dice que los vicios y la esperanza son producto de la libertad del hombre.

Cuando el Titán despierta, encadenado al Cáucaso, y ve a Pandora en brazos de su hermano, prorrumpió en sollozos y un inmenso dolor se apodera de él.

Zeus lanza su rayo contra la pareja, le cercena su virilidad a Epimeteo, y a Pando-

ra le inflige quemaduras en todo el cuerpo, arrebatándole su belleza, y le devuelve sus recuerdos. Prometeo contempla los castigos sin poder hacer nada. Entonces, queriendo morir, es él quien invoca al águila para mitigar con el sufrimiento corporal los dolores de su desdichado amor. Sin embargo, Prometeo triunfa, al fin y al cabo, pues su creación continúa:

Pasaron años, siglos, milenios. Los humanos todavía están aquí, ordenan el cosmos, lo transforman. En cambio Zeus cayó en desuso, decayó también su estirpe, cambiaron las iglesias, los ritos, las costumbres. Pandora hizo casa en los infiernos. Prometeo se convirtió en parte de la montaña, cuando nuevas deidades fueron inventadas para administrar el cielo. No tenéis por qué dudarlos; ellas también esperan lo que depara el acaso (70).

¡JASÓN ENAMORADO?

Sabemos que por haber sufrido la herida divina de Eros, Medea fue capaz de actos abominables por amor de Jasón: le proporciona los filtros mágicos para conseguir el vello de oro, traiciona a los suyos, deja su patria, asesina a su hermano y a otros, se expone al escarmiento y a la extranjería. De todo eso fue capaz gracias a la irrecusable acción de Eros. Pero en Morir

de celos y otras mitologías, la variación consiste en que también Jasón amó a Medea, con tanto apasionamiento, que cuando ella se aleja, se abandona a su dolor y se dedica a escribirle cartas y poemas. Pasado el tiempo, supera la pena y reanuda su navegación y sus hazañas, aunque sin olvidarla. Al menos eso dice Cuentacuentos, experto en contar las cosas como debieron haber sido. Pero un día alguien que lo identifica con Jasón, le da la noticia de que Medea aún vive. El viejo pescador desaparece misteriosamente... Pero, ¿Jasón se enamora en verdad de Medea, o está enamorado del amor que ella le profesa? ¿O la ama porque la ha perdido?

LOS INSATISFECHOS MORTALES

En Morir de celos y otras mitologías, hay otro mito androgónico que cuenta que los hombres fueron un error de Zeus, quien en un principio los creó hermafroditas. Pronto se aburría de aquellos seres que vivían "solitarios, satisfechos, sin metas ni empeños" (71), y decidió dividirlos, destruyendo adrede miles de cuerpos y almas. Desde entonces, los seres buscan su otra mitad, y este afán es causa de sinsabores, frustraciones, guerras, sufrimientos y deseos insatisfechos, aunque con la esperanza de alcanzar la felicidad. También dice que Prometeo no existió en verdad, sino que esa historia fue inventada por Zeus para "ocultar su responsabilidad

por el sufrimiento de los hombres (71).

En todo caso, trátase de dioses o de hombres, la sonrisa picaresca y enigmática de Eros se muestra en todo su esplendor divino, nos cuestiona, nos hace guiños, se oculta, eternamente presente en el juego de las posibilidades, nos coloca frente al Otro, con toda nuestra extrañeza, altera nuestra mismidad confiada, nos saca de nuestro centro, descentrándonos para formar una unidad paradójica e inalcanzable en el centro de otro que también se disloca en la identidad disociada. ¡Ah! paradojas del amor!

Quizás el momento erótico se da a partir del instante en que el espacio mítico se convierte en espacio de juego de las identidades. Aca-so el texto mítico es como ese aleph borgeano que nos permite asomarnos a la infinitud del universo, pero que varía según el ojo contemplante, puesto que la mitopoyesis nos lanza de lleno en lo imaginario, en ese espacio poblado de imágenes primordiales que se definen y configuran según los laberintos secretos de nuestros propios deseos. Eros, en fin -Freud lo llamó libido o pulsión de vida-, que se despliega en los intersticios de la contemplación imaginante y nos permite asomarnos en el misterio de la actividad creadora.

BIBLIOGRAFÍA

Detienne, Marcel. 1990. *La escritura de Orfeo*. Barcelona: Ediciones Península.

Detienne, Marcel. 1985. *La invención de la mitología*. Barcelona: Ediciones Península.

Durand, Gilbert. 1971. *La imaginación simbólica*. Buenos Aires: Amorrortu.

Durand, Gilbert. 1982. *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid: Taurus.

Graves, Robert. 1996. *Los mitos griegos (II tomos)*. 11ª. Reimpresión. Madrid: Alianza Editorial.

Hesíodo. 1984. *Teogonía*. México: Ed. Porrúa.

Husserl, E. 1962. *La filosofía como ciencia estricta*. Buenos Aires: Nova.

Richepin, Jean. 1957. *Mitología Clásica (II tomos)*. México: UTHEA.

Zamora, Álvaro. 2000. *Morir de celos y otras mitologías*. San José: EUCR.

